

Siempre juzgais sobre su sentido. Está en esto la esencia del anglicanismo, y de las demás sectas protestantes. Ahora bien; si consultando la Biblia comenzais á dudar, y luego conoceis claramente que los dogmas anglicanos no están en ella, teneis el derecho y el deber de recharzarlos; derecho y deber que nacen de vuestra misma profesión anglicana. Igualmente, si consultando la Biblia os parece que los dogmas católicos están allí, es fuerza que los acepteis y creais, en virtud también de vuestra profesión protestante. En una palabra: el anglicano sincero en ocasiones puede y debe dudar de su fe, porque no duda entonces de la veracidad de Dios, sino de su propia inteligencia cuando inquiere la revelación divina.—

Mistress Needle se hizo repetir una y dos veces esta teoría de Julia, que la descargaba de una terrible aprensión. Después que hubo penetrado claramente su exactitud, se despidió algo tranquila, sin que por ello la dejara el terror de cometer el pecado contra el Espíritu Santo.

## LXXV.

## TEMPESTAD Y LUZ.

Al entrar de nuevo en sus estancias, mistress Needle despidió á la camarera, que la esperaba con el fin de prestarle sus servicios. No sabía, ni quería, ni podía pensar en dormir, si antes no llevaba la paz al fondo de su corazón, trabajado por las oscuras aprensiones del remordimiento: la escrupulosa mujer temblaba de indecible horror al pensamiento de dormirse culpable del pecado contra el Espíritu Santo. Cayó de rodillas en medio de su habitación, y levantándose con todo su espíritu a fin de a-

dorar al Señor, se inclinó con la frente hasta el suelo, exclamando:—Os juro, Dios mío, que no resistiré á vuestra inspiración . . . no cerraré los ojos á la verdad si me la dais á conocer. Más no abandoneis á vuestra esclava; haced brillar un rayo de luz y de paz en este corazón consternado . . . Os juro que moriré anglicana, si lo quereis, como también católica si lo deseais . . . Depongo aquí delante de vos, y reniego de toda preocupación y de todo afecto desordenado, os pido sólo conocer vuestra divina voluntad, á fin de abrazarla. Os lo pido por los méritos de nuestro celeste mediador Jesucristo . . . y, si no es malo, por la intercesión de la bendita Virgen María.—

Así dijo, y sintiendo en su espíritu una nueva quietud y que se calmaban sus pensamientos enmarañados, se fué á su estudio, abriendo el *Prayer book*, en la página de los treinta y nueve artículos de la iglesia anglicana. Los leyó uno tras otro tranquilamente, con atención suma, y con igual sinceridad. Parecióle que le caía una venda de los ojos, y razonó sin esfuerzo:—Mi religión me propone muchos dogmas, mas ninguno me garantiza como verdadero; hace, por el contrario, que dude, al decir que las iglesias y los concilios pueden er-

rar en materia de fe, siendo solo infalible la palabra de Dios. ¿Para qué sirven, pues, estos treinta y nueve artículos, que pueden contener del mismo modo la verdad que la mentira?—Es la pregunta que tantas veces hizo John.—Reflexionó un rato, y pareciéndole después su razonamiento por todas partes tan incontrastable como evidente, cerró el libro, rechazándolo sin ira ni afectación y diciendo:—No: no es justo que tome por norma de mi fe un símbolo falaz.—

Cogió incontinenti la Biblia:—He aquí la que me queda, si quiero apoyarme firmemente, y no sobre una caña rota. ¡Esta es la única fuente de verdad y la única guía para mi salvación . . . ! ¿Y si no consigo comprenderla? ¿Si caigo en error? ¿Si la entiendo al revés? . . . ? Mi pastor, mi obispo, mi iglesia pueden también equivocarse: ¿cómo estaré segura de poseer la verdad . . . ? Pero, adelante; mis ministros tendrán un poco más de ciencia que yo . . . Sí; más ¿de qué sirve la ciencia? Las iglesias luteranas, *cuaqueras*, “irwingianas” y metodistas, á pesar de su ciencia, se contradicen en los puntos capitales, y sin embargo pretenden leer en la Biblia sus doctrinas contradictorias . . . John me lo ha demostrado claramente. Yo propia he vis-

to con mis ojos los errores nefandos de los *revivals* americanos; todos los *jumpers* pretenden obedecer á la Biblia. . . . Los ignorantes, los sencillos y los literatos, ¿son capaces, por consiguiente, de sacar el jugo de la verdad de este libro, del cual tantos doctos jefes de iglesias extrajeron solo recíprocas contradicciones? ¿Cómo podían los cristianos conocer la verdad en los quince siglos anteriores á la imprenta, cuando comprar la Biblia era un dispendio propio únicamente de un gran señor..? Yo, yo misma, ¿cuántas veces he cambiado mis opiniones sobre un texto y otro de los más importantes. . . ! ¿Estoy ahora segura de comprender la Biblia como debo. . . .? No, no, dice bien John: se camina por fuerza entre la perplejidad y las tinieblas, si una voz infalible no dice: "He aquí el dogma revelado por Jesucristo"—

Empero mistress Needle repugnaba creer que la voz saludable segurísima fuese propia de la Iglesia papista, á la cual aprendió á odiar desde muchacha, como si fuera la fragua de todas las supersticiones. No veía, sin embargo, otro recurso, ni otra salida, ni otra luz. Recordó á buena hora la conducta de sir Roberto, alma fuerte y adversario de corruptelas en asuntos de reli-

gión, como recordó igualmente las palabras de John y de Julia; renovando el juramento de romper todas las cadenas de las preocupaciones, aplicó su ánimo á contemplar este lado único del horizonte religioso que se le presentaba cubierto de nubes impenetrables. No intentó envolverse ya en textos bíblicos: se reconocía débil, y le asustaba la idea de comprender mal aquellas santas y tremendas palabras, salidas de los labios divinos, pero que muchos corrompen, como dice San Pedro, torciéndolas á sentidos de perdición. Razonó así como mujer, pero discretamente:—Veo por una parte que ministros y doctores protestantes afirman que los católicos pueden salvar su alma en la Iglesia romana; por otra parte veo que los católicos declaran acordes que fuera del Catolicismo no hay salvación: luego por el sufragio común de los protestantes y de los papistas, no corro peligro si pertenezco á la Iglesia romana: por el contrario, me aseguro. ¿Qué cosa mejor quiero?—

Había oído esta observacion, no solo una vez, á John y á Julia; pero la había dejado pasar con ligereza y disgusto. Brillaba entónces con lucidez maravillosa, y la levantaba, y la compelia y casi la tras-

portaba con dulce violencia á la natural conclusion práctica. Metiéndose cada vez más, y con ménos tédio, por tal camino, decia para sus adentros:—Ahora bien: ¿qué grave dificultad puedo tener para someterme á la Iglesia romana? Los ayunos, la abstinencia del viernes... ¿Pero qué? ¿Por ventura nuestra gracia Reina no publica también dias de umillacion en su Iglesia? ¿No hace lo propio el presidente de los Estados Unidos? ¿No recomienda la Biblia el ayuno en ciertos lugares...? Luego fuera vilísima carnalidad posponer altísimos intereses eternos á la golosina de un pollo, para no... vamos, vamos, ¿que vergüenza! La confesión... revelar todas mis debilidades á un sacerdote... Si produce la confianza del perdon, la muerte tranquila, la vida serena, ¿por qué no hacerlo? ¿No lo hacen muchas señoras *puseistas* con nuestros ministros? ¿No lo hace Julia con los suyos? Según John decía, en las misiones del Casentino todos los confesonarios estaban llenos de gente, que casi tomábales por asalto: luego no debe ser tan difícil confesarse. Julia me asegura que innumerables católicos lo hacen cada ocho dias... Si así proceden tantos y tantos, ¿no lo podré hacer yo...? Adelante; si Dios lo manda, ¡to-

do!... Lo más difícil es prescindir de mi absoluta libertad, sometiéndome á obedecer á la Iglesia y al Papa: aquí está el nudo y aquí está todo: ó admitirla con plena voluntad, ó nada... Julia dice que ninguno es católico sin esto: las recientes definiciones del dogma de la Virgen Inmaculada y del Concilio Vaticano no han sido impugnadas por un sólo Prelado del mundo...! Si tantos Obispos, sacerdotes y doctos se inclinan así á la auteridad de la Iglesia, deben tener sus razones, que convenzan al entendimiento. Y aunque hubieran obedecido como simples, los innumerables pastores nuestros y hombres honrados que veo pasar del anglicanismo á la Iglesia de Roma, indudablemente habrían vislumbrado el divino derecho que tiene la segunda para mandar... Habían predicado, escrito, batallado contra el Papa; ¿y después? hélos de rodillas delante del Pontífice, renunciando, para poderlo hacer, sus intereses, su dinero y sus dignidades: necesitase para esto haber leído en caracteres de gran luz la necesidad de someterse... Sin duda mi primogénito se batió como un león antes de rendirse; defendió sus opiniones palmo á palmo, cediendo sólo á la incontrastable preponderancia de la verdad conoci-

da. . . . ¿Qué puedo hacer yo, Dios mío, más razonable, para marchar por el camino recto, sino seguir las huellas de los que yo juzgo sabios y sinceros servidores tuyos? ¿Me condenareis ¡oh Señor omnipotente y misericordioso! si elijo lo mejor que vislumbro?—

Nadaba el espíritu de la íntegra protestante en un nuevo mar de luz, comenzando á entrever el puerto seguro, á que podría llegar entrando en una Iglesia que se junta en torno de una Catedral de infalible magisterio, al que rinden testimonio más de mil Obispos diseminados por todo el mundo, así como doscientos ó trescientos millones entre sacerdotes y seglares; de una Catedral á quien piden de continuo la verdad millares y millones de protestantes honrados y desprendidos. Exclamaba:—¡Cuán noble y brillante es tal concepto! ¡Cuán digno de la mente de Dios, establecer el reino de la verdadera religión en medio de la sociedad humana, y, para conservarlo encender en su centro un sol luminoso, que perpétuamente disipe las tinieblas, y difunda la luz. . . . ! El simple fiel es amaestrado por su sacerdote, el sacerdote por el Obispo, el Obispo por el Papa. . . . ! ¡Y el Papa es asistido por el Espíritu Santo! ¡Qué or-

denamiento tan sencillo y tan sublime! ¡Cuán excelente para salvar á los hombres doctos é ignorantes. . . . ! Nosotros, por el contrario, con nuestra biblia en la mano, vivimos siempre inseguros. . . . Nuestros pastores y nuestros obispos (¡y son un puñado!), disputan y se contradicen; uno favorece el *puseísmo*, y otro lo condena; uno aconseja la confesión y otro la maldice; uno enseña que debe adorarse la Eucaristía, y otro mira la hostia como un pedazo de pan figurativo; uno acepta toda la biblia, y otro destruye la mitad: ¡qué Babilonia. . . . ! ¡Allí, un solo corazón! Lo que dice Su Beatitud en nombre del Redentor, es repetido y reverenciado por toda la Iglesia. ¡Qué unidad! ¡Qué paz! ¡Qué cosa tan semejante al Paraíso!—

Parecíale á mistress Needle descubrir en su mente verdades nuevas, nunca pensadas: atribuíalas á la bondad de Dios, que agradecía su protesta y su oración. Ciertamente reflexionar tales verdades sin pasión no era leve gracia del Señor. No advertía incontinenti que las conversaciones de la joven habían depositado en su corazón largamente la semilla de todas estas reflexiones. Procuraba contradecirlas de alguna manera, más no veía en torno de sí

razón, ni pretexto, ni recurso.—Luego preguntábase á sí misma:—¿Cómo no he pensado antes todo esto? ¿Cómo lo he combatido al sostenerlo John y Julia?

La explicación del fenómeno era fácil sin embargo: había en ella dos personas, una inteligente y leal, que no podía repeler la verdad conocida; otra cegada por el odio *antipapista* bebido con la leche, que repugnaba suponer posible la verdad de la iglesia romana, y que no quería resueltamente buscarla en ella. Despojábase por fin de la segunda persona, quedándose solo con la natural, cándida y pura entusiasta de la verdad. El terrible remordimiento indicado por Julia obró esta feliz metamorfosis.—¿Qué hago, pues? ¿Qué resuelvo? gritaba desde el fondo de su corazón inundado de luz que la compelia. ¿Por qué aguardo más...? Hace tiempo que yo era casi católica de mente y me creía protestante.... ¡Ah! no quería fijarme nunca en la verdad.... no tenía otro sostén que la mala voluntad de no ver por aquella parte.... ¡He aquí una especie de pecado contra el Espíritu Santo...! ¿Repugnaré aún?

Comenzó entonces en su corazón una de aquellas batallas nuevas, extrañas, increíbles, inexplicables para quien nació bajo el

cielo puro y sonriente de la verdad católica. La mente de la pobre protestante inglesa estaba persuadida; más al tener que decir á Dios: "Sí, me rindo," el corazón, encadenado por la costumbre inveterada, convertida en naturaleza, se levantó con una mezcla terrible de pavor y desaliento. Presentábase delante un mundo de adversarios, dispuestos á perseguirla: los familiares del castillo, que habíanla conocido hasta entonces anglicana ardentísima; el pastor de la parroquia, que había enaltecido y admirado su fe; los amigos, en fin, los relacionados y todos los habitantes de Parque Verde.—¿Qué diran, no bien se refiera en todas partes que mistress Needle ha renegado de cuanto había hasta hoy férvidamente apoyado ó promovido...? Que soy una loca de remate, ó que hasta el día de ayer fui una hipócrita.... Aquí será preciso mudarlo todo: ¿Es posible? No, no puedo en un instante ver la noche donde antes saludaba el día. ¿Con qué corazón bendeciré lo que tantos años maldije? No seré nunca buena católica, y dejaré de ser buena protestante.... no haré nada de provecho.... doy un paso hacia el abismo.—

Volvíase á su alrededor la pobre, como quien busca luz, guía, consuelo; ignorando

á quien recurrir, como privada de todo humano consuelo, cual desolada náufraga en el piélago de las olas bramadoras, ora tocando la orilla de la resolución por sí, ora empujada al alto mar de sus aprensiones; flotando por el flujo y reflujo de la marea interior, imploraba la merced de Dios:—Señor, busco solo la verdad. . . . vuestro benepósito. . . . No, no quiero pecar contra el Espíritu Santo. . . . No tengo yo razones para titubear; veo el error, lo rechazo. . . . veo la verdad. . . . más ¿la veo bien? ¿la veo de veras?—

Quien desde un sitio secreto hubiese contemplado á la infeliz mujer en el acto de batallar consigo misma, sola y en el silencio de la noche, la hubiese por ventura creído presa de las internas furias de inexorables remordimientos; sentábase á veces, apoyada en una mesa con la frente en las palmas de sus manos, casi sin respirar, con todo el nervio de su espíritu siguiendo una razón, por la cual le parecía deber confesarse católica en aquel mismo momento: le desaparecía de pronte aquel horizonte apetecido, alzaba la cabeza y ponía las manos en movimiento, como si se quisiera defender contra un enemigo: era la sospecha de poner en falso el pié, que

como nube difundida le arrebatava la claridad manifestada. Miraba al cielo, anhelante, abierta su boca, extendidos los brazos y en actitud de orar; parecíale sentirse algo elevada por una apacible aura que calmaba los golpes acelerados del corazón, prometiéndola casi ya un sereno porvenir en la inmensa fraternidad católica: poco después creía que una voz la amenazaba con el perenne remordimiento de la apostasía y del escándalo dado al abandonar la religión en que había nacido.—Pero apostasía, no, decía excusándose á sí misma, ni escándalo tampoco: sigo la voz imperiosa de la conciencia, estoy convencida, no tengo ya dificultad. . . . ¡Ay de mí si rechazo el llamamiento de Dios!—Levantábase, y esperando mudar de condición con cambiar de sitio, se paseaba impetuosamente por toda la estancia, hablando consigo propia, haciendo ademanes, proponiéndose objeciones y resolviéndolas, envolviéndose en laberintos inextricables, por lo árduo de las cuestiones, y ahora también por la conclusión de las fuerzas quebrantadas. Con frecuencia, entre tales errores se prosternaba en el suelo, gimiendo dolorosa y suplicando con ardientes lágrimas: levantábase confortada, pero sólo un ins-

tante, porque pronto la dominaba un nuevo temor, una nueva angustia, una nueva turbación.

Así, en incesante marea, siguiendo la brillante guía de la razón, ó fluctuando entre los pavores imaginados por la fantasía, pasaba las horas de la noche: cien veces había estado á punto de concluir los graves razonamientos discurridos desde un principio, y terminarlos según la persuasión íntima, esto es, pronunciando resueltamente el propósito "seré católica," pero cien veces le había faltado resolución; el espanto antiguo á la palabra *católica* habíale clavado en los labios la frase. Sin embargo, no era posible cerrar los ojos á la gran cuestión, retroceder y olvidarlo todo, por que sus pensamientos eran, á pesar suyo, absorbidos por la presencia de las verdades que se le presentaban delante, y que parecían condenarla. Resolvió.

Al fin la fatiga dió á su afán un poco de tregua. Comenzaba á lucir el día; aún no había cerrado los ojos para un instante de reposo. Conoció que la necesidad del sueño la vencía. Gritó desde lo íntimo de su corazón.—¡Señor y Redentor mío! Me resuelvo. . . resolveré lo que conozca ser voluntad vuestra.—Arrojóse según estaba

vestida, sobre un sillón de gran respaldo muy echado hacia atrás. Cerráronse sus párpados, y sus pensamientos se desvanecieron en una especie de sopor. Mas la quietud no fué larga ni profunda. Despertábase frecuentemente con sobresalto, llenos los ojos de lágrimas y con el respaldo humedecido por ellas. Al dormitar acusábase unas veces de culpable de resistencia á Dios, y absolvíase otras, por haber resuelto no seguir contrastándole, renovando el propósito: "No pecaré contra el Espíritu Santo." Así conciliaba de nuevo un breve sueño.

Sin embargo, cualquiera que fuese aquel escaso alivio, dió bastante tranquilidad á su espíritu conturbado. Reanudando á la mañana siguiente la obra emprendida durante la noche, aplicó sus fuerzas intelectuales, y con un fuerte acto de voluntad impuso silencio á sus vanas aprensiones. Rehizo atentamente los argumentos por los cuales estaba persuadida de la obligación de trasladarse al cielo católico: el origen oprobioso de la Reforma anglicana, sin sacerdocio, sin verdaderos Sacramentos, sin más jefe supremo que un seglar, sin unidad, sin fe firme, con errores gravísimos y perniciosos á la eterna salvación: enfrente de

tales ruinas miró á la Iglesia romana libre de todo lunar en su doctrina, viva por su piedad y apostolado, batida vanamente por diez y nueve siglos de innumerables persecuciones, y sin embargo invicta constantemente, con su Biblia para predicar y con sus Sacramentos para santificar: una siempre y apoyada en el Pontificado de Roma, remontándose de siglo en siglo hasta llegar á los Apóstoles y á Jesucristo: en esto le pareció contemplar el torrente de honestos y píos correligionarios que, alegres y confiados, pasaban de la iglesia del octavo Enrique á la Iglesia de Pedro, gritando después por sí misma:—Sólo aquí hay salvación:—No soportando la vista de luz que tanto atraía, y temblando bajo la amenaza de su conciencia, si mas resistía, levantóse con ímpetu de su corazón, prosternóse como en la noche precedente al principio de las deliberaciones, y selló el propósito de este juramento:—Juro á Dios que en este instante me hago católica romana . . . de verdadero corazón . . . porque Dios lo quiere . . . y lo seré hasta morir.

## LXXVI.

## UNA HORA DE TRIUNFO.

Como el náufrago renace cuando, sacudido mucho tiempo por la fortuna furiosa, pone los piés, por último, en la ribera de la patria, donde parientes y amigos, entre mil fiestas le acogen y le compensan de las sufridas agonías, así creyó renacer la piadosa mistress Needle, al acabar la palabra postrera del juramento suyo. La seguridad, la paz y la alegría rebosaban dentro de su alma: en su quietud, en la familia formando un solo corazón (no dudaba de sus hijas), y aún en el contento que imaginaba de